

Montevideo, enero 31 de 1949.

Sra. Josefina Lerena Acevedo de Blixen.

Presente.

Mi ilustre amiga:

Delicado y fino, su libro creo que inicia ese delicioso género de las confidencias infantiles que, en una pluma femenina, en las manos de una mujer y más cuando es poseedora de extraordinarias cualidades de escritor, se vuelve algo exquisito y precioso.

Yo siempre he reclamado eso como una necesidad de nuestras letras tan escasas de esas facetas que las enriquecerían y completarían.

Esos recuerdos pueriles adquieren en la evocación del literato masculino un ineludible tono de gallináceo marcial y precozmente encelado, que sólo puede suavizarse con la sonrisa del humorismo, cosa harto escasa en nuestro medio. En cambio, en las representantes de su sexo crea una atmósfera casta y diáfana, en la cual halla su natural ambiente una ternura, una poesía y una gracia, de las cuales sólo ustedes son las poseedoras.

Apuré su volumen de un sorbo, no tanto por ser breve, cuanto por ser exquisito, y, mal lector – desde el punto de vista mnemotécnico – porque en veces no podría reseñar todo lo leído, gozado y experimentado, luego de terminarlo me ha restado una amable, grata y placentera sensación.

El primer capítulo posee un poderoso vuelo de sueño, que prepara a esa ingenua realidad infantil, donde, a pesar del desfile de figuras y de hechos nimios, continua siempre, no como un subrayado, sino como un clima, una pureza y un candor que hace angelical a María de los Angeles y tan de carne y hueso, y tan humana, a esa adicta y bienaventurada Benicia.

Los paisajes, los interiores, las calles, las viejas quintas nostálgicas, reviven nítidos, preciosos, exactos, en sus pinturas y en alguno de sus otros capítulos como en “Agata”, nos ofrece Ud. una visión poética contagiosa, dominadora y tan inmediata, como si estuviésemos – en realidad casi palpando el sueño.

Se impone que señale también otro aspecto importantísimo de su obra, en el sentido de su valiosa aportación a una literatura nacional, muy en consonancia con mi aspiración, que no se reduce por cierto a lo autóctono, que no deja de ser – por otra parte – elemento integrante, sino integral de nuestro acervo.

Me felicito que Ud. haya tomado ese camino, el más lógico, el más normal y también el más difícil, dado que tiene que librar batalla contra la inveterada y casi cultivada miopía de nuestras clases cultas, recalcinantemente europeizantes, más que europeizadas.

Hacer literatura nacional si no es una aberración, es casi un atentado y mucho me temo que su bello “Contraluz” caiga en la desatención y la desindiferencia que nos caracteriza cuando de un libro indígena se trata.

Ud. tendrá la culpa de ello por no haber buscado un tema griego o medioeval, o no haber publicado un libro en inglés.

No me atrevo a pensar que Ud., deliberadamente se resuelve a desertar de la cofradía de los “precieux ridiculs” para quienes muchos de nosotros ni siquiera existimos y que están clamando a gritos que aparezca un Moliere criollo que los diseque y catalogue, para que no vayan a pasar a la posteridad sin que se sepa que son los que son y no una momia o un arenque ahumado, como en el cuento del adorable, encantador y pasatista Fradique Méndez.

En fin, señora, que su libro me ha entusiasmado, que me ha hecho admirarla más y, de consecuencia, me ha hecho más difícil que acepte sin una protesta su dedicatoria tan halagadora, como desusada y generosa.

Créame su consecuente amigo devotísimo.

Montiel Ballesteros.